

## EL GAÑAN

(Primer premio en el concurso internacional de la revista "Letras y Ciencias Sociales" de Tucumán)

LA última llamarada del sol bañó los campos en una ola roja, incendiando los rastros y los cercos. Por el camino de la hacienda, que se estendía a través de los pastales como una faja polvorienta y gris, Lindorisa caminaba con rapidez, batidos por el viento su fada clara y su rosado pañolón.

Ráfagas del vespero, saturadas con el aroma de los herbasales, balanceaban la copa de los álamos vecinos a la carretera, rumoreando entre las zarzamoras; en el campo distante mujían los bueyes recién desenyugados... Como anuncio del final de las faenas se esparció en el aire el toque de la campana.

Mientras plegaba las faldas, que el viento indiscreto ponía empeño en levantar, la moza gritó con voz amiga:

—¡Adios, Antonio!

En mitad del potrero colindante, un peon, apoyado en el chuzo la miraba venir, sonriendo bajo las alas temblorosas de la chupaya. Su inflada y blanca camisa resaltaba desde la distancia sobre el fondo verde del hierbal que la púrpura del astro teñía de sangrientos reflejos.

Permaneció inmóvil, fijos los ojos en el pañuelito claro que se perdía tras el recodo del camino.

Espejeaba entre el pasto el agua del riego; mas allá, en el terreno de rulo, cabrillaban los rastros sacudidos por la brisa y en la tranquila calma de la tarde se oían por los senderos los cantos de los gañanes al retornar.

A poco, en bullicioso grupo, alegre después de la paga semanal, la peonada cruzó la ancha senda en dirección al rancho de ña Eudocia situado entre el grupo de añosos sauces, que, como una mancha verde, se alzaba en la revuelta del camino. Llegados a él, dieron las buenas tardes con afable saludo antes de sentarse a la mesa en la cual Lindorisa, despojada ya del rebozo, iba colocando los vasos.

Guapa la moza. Espresivo el rostro moreno, la boca grande y risueña, flexible el cuerpo que al andar imprimía a sus largas trenzas suave balanceo.

—Buenas tardes, niños—repuso con su naturalidad habitual.

—Trae otro vaso, chiquilla, y siéntate con nosotros—reclamó uno de ellos.

Delgado, lampiño, de moreno rostro y ademanes truhanescos, era el que hablaba con tono autoritario el novio de la muchacha, Juan. Alcanzado el consentimiento del patron, el matrimonio debía efectuarse tan pronto como hubiera hecho algunos ahorros.

Cuando la moza hubo accedido, continuaron la interrumpida conversacion.

—¿Y cuánto les pagan por la tarea?

—A nosotros nueve chauchas, pero a Antonio, que las saca mas largas, le dan dos pesos.

—¡Claro! Si Antonio es todo: bueno para el trabajo, formal, querido de las niñas... ¿no es cierto, Lindorisa?

—¡Vaya! ya empezaste otra vez.

—Bueno, ya está; que no sea entonces, pero me cortara una oreja si no te codicia.

Desde el cuarto vecino recomendó la viejita:

—¡No le hagas caso, niña; si este Juan es tan celoso!

A este tiempo entraba Antonio. Con paso lento avanzó hasta el mostrador y pidió de beber. La moza se apresuró a servirle.

—A su salud, Lindorisa—dijo, empujando la copa, y luego pasándose la manga por los labios—rica la chicha, como de su mano al fin.

Agradeció el cumplido con afable sonrisa.

—¿No ha venido ño Manuel?—preguntó el gañan.

—Nó; pero ya no dilata.

Llenó de nuevo el vaso, lo puso sobre el meson y después se acercó a la mesa de los otros bebedores. De anchas espaldas y récia complexion.

el gañan ostentaba, sin embargo, en su persona la flacidez de un perenne cansancio. Sus ojos aparecían turbios, como si el polvo de los caminos se le hubiera incrustado en la pupila; su boca de gruesos labios se plegaba en un rictus opaco y en el conjunto de sus facciones aparecía una espresion de tristura.

Con desmañada actitud permaneció largo rato apoyado en el meson, dejando vagar la vista sobre el campo, en cuyo seno la tarde arrojaba su azulada neblina. A ratos sus ojos se detenían en la muchacha y entonces una llamita alegre salía de lo hondo a iluminar su rostro con furtiva llamarada.

\*\*\*

Terminaban las siembras cuando Antonio vino a pedir trabajo en las labores del fundo.

Su carácter huraño lo mantuvo, desde un principio, alejado de la peonada, compuesta en su mayor parte de inquilinos envejecidos en el servicio de la heredad. Apenas si los mas viejos cruzaban con él una frase cuando la pitanza los aunaba bajo los galpones de las casas.

Su miseria, su abatimiento, eran como una pena contajiosa que todos los trabajadores rehuían. Alejado por aquel despego, el gañan permaneció aparte absorbido en su labor y arrastrando la dolorosa vida de los que no tienen mas techumbre que el firmamento, ni otro lecho que la gleba fraterna y piadosa.

El capataz Manuel fué el único que rompió la tácita reclusion. Allá en su mocedad tuvo también sus años de vagancia y talvez el recuerdo, siempre despierto, de las horas en que se ha sufrido, ponía algo de comun entre ellos.

Y así era frecuente encontrarlos en amiga charla a lo largo de los caminos que cortaban los campos hinchados por las siembras.

—Puede que este año sea mejor la cosecha; las lluvias del otro talaron el trigo.

—Si llovió mucho; el frio quemaba las carnes—añadía el gañan.

Y el recuerdo del pasado invierno traía a su memoria las penurias de los dias sin sol, sin abrigo, de las noches heladas que lo obligaban a refugiarse bajo los toldos de las carretas o en los pajales de los fundos.

—Yo pasé hartas penas—contaba el capataz—pero cuando llegué a la hacienda, el finado patron, que era bueno, me dió trabajo, no quiso que me fuera y... me casé qué diablos! Tuve cuatro hijos, estoi viejo y aquí he de morir: le tengo cariño a esta tierra que he removido y sembrado tantas veces.

—El último año trabajé en San Agustín, hoi aquí, para este otro quién sabe en que tierra iré a clavar el chuzo...

—Embromado es no tener familia ni casa, pero ya se enamorará, amigo, vendrán los chicos y entoces no mas correrías, vivir tranquilo y a trabajar.

—Ojalá, pues, ño Manuel.

Y el porvenir que le pintaba el viejo traía a su mente la imájen risueña de Lindorisa con sus ojos brillantes y el cuerpo esbelto de la campesina.

El capataz lo habia llevado al ranchito de los sauces y desde entonces juntábase allí todas las tardes para enhebrar largas pláticas en las que a menudo terciaba la moza.

De ese continuo trato nació entre ellos tierna intimidad que daba amparo a un misterioso y dulce afecto que fué creciendo con el tiempo. En las estrechas confidencias de sus almas sencillas, Antonio le relataba los azares de su vida, escuchando ansioso las palabras consoladoras de la jóven que iba como caricias a entibiar su alma ruda de vagabundo.

A veces ella se permitía algunas bromas, atruyendo a noviazgos y amores la causa de su tristeza; complacíanla las vivas protestas del gañan y experimentaba verdadera satisfaccion ante su





injenua confianza. Su preferencia para Antonio molestaba a la peonada, aumentando la inquina que sentían hacia el extraño que llegaba a segar en campo ajeno, y si aceptaron el noviazgo de Juan, ahora les parecía ofensiva esta nueva bondad de la bizarra escanciadora.

En ruin desquite lanzaban a la lucha reiteradas pullas. Enardecíase Juan al escucharlas y dentro de su pecho fermentaba una cólera sorda que dejaba escapar a menudo en frases hirientes.

Siempre ajeno a lo que sucedía a su alrededor, Antonio se entregaba con afán al trabajo, como si con sus esfuerzos fuera a alcanzar el logro de algo soñado y los ratos de descanso los consagraba por entero al rancho de los sauces.

~ ~ ~

Aquella tarde, animado por los tragos, Juan lanzó algunas alusiones que los otros celebraron con significativas risotadas.

Interrumpía el juego para llamar a Lindorisa, obligándola a permanecer a su lado... Le servía a ellos y no tenía más que hacer; él era su novio, casi su marido y tenía derecho para mandarla.

—... Con que un trago, chiquilla.

A cada palabra los demás peones inquirían en el rostro del gañán las impresiones de las bromas y sus ojos brillantados por el licor hacían maliciosos guiños.

Afuera, caía la tarde y sus sombras azuladas iban imprimiendo a los objetos extrañas coloraciones; los últimos jirones de luz se desleían lentamente en la neblina que brotaba de la tierra y el roce de las hojas batidas por el viento, los apagados murmullos que llegaban de lejos, los débiles mujidos de los animales en reposo se confundían en un sordo rumor que ascendía al cielo como una plegaria.

Ante la proximidad de la noche, los jugadores empezaron a retirarse; Juan se despidió a su turno.

—Hasta más ver, ña Eudocia; adiós, chiquilla—y acercándose a la muchacha la abrazó estrechamente mientras miraba con malicia a Antonio.

Bajo su aparente indiferencia, los ojos del gañán parpadearon con lijereza, en tanto que las mejillas de Lindorisa se arrebolaban.

—Pero, Juan, tan cargoso que te han de ver—repuso desaciéndose.

El mozo la retuvo entre sus brazos a pesar de la protesta y entonces ella, comprendiendo la torcida intención de aquella caricia, reclamó con voz airada:

—¡Déjame, te digo... no quiero!

—¿Qué? ¿no tengo derecho para abrazarte?

Y cuando se aprestaba a repetirlo, animado por las exclamaciones de los otros, Antonio se acercó a él y cojiéndolo por un brazo lo separó rudamente de la joven.

Algunas palabras injuriosas brotaron de los labios de los peones medio ébrios.

Juan se volvió colérico y un instante quedaron los dos cara a cara lanzándose el aliento al rostro en insolente actitud; los ojos del gañán parpadearon más de prisa y, antes que Juan dejara caer su mano, con un puñetazo lo hizo rebotar contra la pared.

Se alzó trabajosamente, sin ánimos de lucha. Los demás se arremolinaron alrededor del gañán con aire agresivo.

Antonio tiró al suelo la manta y a través de la camisa sus músculos se erizaron. Borróse de súbito su aire de bestia paciente y apareció en él la resuelta fiera del roto; el ceño contraído, la voz cortante, lanzó el reto:

—Salga el que se atreva, cobardes.

Ante tamaño insulto todos se arrojaron sobre él.

Al ruido de la pelea, ña Eudocia apareció en el dintel.

—¿Qué hacen, por Dios? ¡Apártalos, niña! Antonio! Antonio!...

Su voz se perdió entre el tumulto. Del compacto grupo surjian jadeos, el retumbo de los golpes, quejidos, maldiciones. Tan pronto como iban al suelo se alzaban y en medio del apiñado montón el gañán esgrimía con ventaja sus formidables puños.

Atropelló por último a los que tenía delante y salió al camino perseguido por los insultos y amenazas de los peones ébrios.

~ ~ ~

El lunes algunos derrengados de la lucha faltaron al trabajo. Durante la faena los hombres se dijeron algunas frases, comentando la pasada riña y sus miradas rencorosas acusaban la intención de una próxima venganza.

Los rumores de la reyerta, unidos a las quejas entabladas por la madre de Juan, llegaron hasta el amo. Se espulsó al peon: en la finca no se necesitaban pendencieros, quién sabe qué otras malas costumbres traería aquel vagabundo.

Esta merienda era, pues, la última. Orgulloso en medio de la jeneral adversión, miraba a todos con desprecio, tratando de ocultar con su apariencia la gran pesadumbre de su partida.

Las ténues claridades del sol que ya se había puesto, se fundían en las sombras que emanaban del suelo; arriba las nubes teñidas de oro flotaban a merced del viento, y sobre la amplia extensión de las landas en reposo, se abatía como un manto la silenciosa calma de las oraciones.

Concluida la pitanza, la peonada se desbandó por los caminos.

Antonio quedó solo.

Poco a poco la infinita melancolía del crepúsculo fué adueñándose de él; la amorosa quietud de los campos, el trino delicado de los pájaros, el reclamo lastimero de la vacada surjiendo de los corrales distantes, la brisa tibia y prolífica que llegaba de las sementeras, el tímido destello de alguna estrellita que fulgía en lo alto, todo eso que jesta, que fluye, que vibra bajo el inmenso manto de la noche vino a repercutir en el alma labriega.

Se sintió débil, empequeñecido otra vez y ansioso de un consuelo, con tardo paso se encaminó a los sauces.

La noche invasora ensombrecía las nubes por entre cuyos huecos se divisaban del cielo intensamente azul. A ratos, filtrado por alguna grieta, la arjentea luz de la luna que se alzaba en el horizonte, caía sobre la llanura, realzando los boscajes y haciendo brillar las vegas. El aire estaba saturado de cálidos efluvios: en el misterio de la noche aleteaban jérmenes de amor...

Ante la puerta del rancho, Antonio se detuvo un instante irresoluto; luego entró.

Dijo en voz baja un saludo y pidió de beber. La actitud embarazosa del peon acusaba su pena y sin atreverse a mirar a la moza, sus ojos cansados se hundían con insistencia en la luminosa faja que entraba por la puerta.

Estaban solos; en la pieza se mecía una atmósfera tibia que se hubiera dicho participaba de la infinita dulcedumbre que surjía del campo envuelto ya en la calma del próximo sueño.

Por fin el gañán rompió el angustioso silencio cuando ya ella se encaminaba al interior.

—Lindorisa—dijo—Lindorisa...

Vaciló entre compasiva y sorprendida, pero viendo la humildad del hombre, inquirió dulcemente:

—¿Qué quiere, Antonio?

Confuso, casi miedoso, bajó la vista sin atreverse a decir lo que le bullía dentro y luego, condensando todos sus pensamientos en una sola frase, repuso casi al secreto:

—Lindorisa... yo la quiero.

—Antonio, usted sabe...

—Sí, ya sé; pero yo la quiero tanto. Me han echado, nadie se complace de mí; usted ha sido la única y no tengo a nadie...

Enronqueció su voz mientras sus ojos no se apartaban de la moza, tendía hacia las manos en ademán de súplica.

—Pero si no se puede, Antonio, ¿qué quiere?

Ante aquella negativa se deshizo el pasajero valor que lo animaba, y mientras que una lágrima humedecía sus párpados, repuso con voz débil:

—Bueno, entonces me voi, mas valiera que nunca hubiera llegado aquí. Quererla tanto y para esto...

Volvió a repetir: me voi, y, sin embargo, permanecía quieto, oscurecido el semblante, flácido el cuerpo.

Venciendo por fin su inmovilidad se encaminó a la puerta.

—Adiós, Lindorisa.

Se volvió una vez más para mirarla: también lloraba e invadida de la gran compasión que sentía por aquel hombre, se acercó a él lenta, gravemente, mirándolo a los ojos humedecidos y con un movimiento suave y medroso le ofreció los labios...

~ ~ ~

Se ocultó la luna tras un bullón de nubes, como si hubiera querido proteger aquel beso piadoso y pareció que entre las sombras que invadieron el campo flotaba algo misericordioso y consolador.

Brilló de nuevo en lo alto la eterna confidenta.

—Ande, Antonio, váyase ahora...

Reconfortado, el gañán emprendió la marcha por la faja blancuzca del camino. Se alejaba lentamente, con paso firme; el viento jugaba con su manta, la luna reía en lo alto y poco a poco se perdió a lo lejos, marchando erguido y fuerte para ir a hundirse en la inmensidad de la vida.

RAFAEL MALUENDA L.

